

Los investigadores de la naturaleza en la Argentina

FRANCISCO JAVIER MUÑIZ, NUESTRO PRIMER NATURALISTA

POR

Rodolfo Parodi Bustos

Al dar término a esta breve semblanza del primer naturalista argentino, al par que notable y abnegado médico-higienista, veo cumplida una de mis más caras aspiraciones. Es mucho lo que los argentinos debemos al genio emprendedor de este noble mártir que fué el doctor Francisco Javier Muñiz, y he querido evocar por ello siquiera algunos aspectos de su vida ejemplar, ya que su figura adquirió méritos tan extraordinarios.

A la distancia de los años, su actuación destacada puede aparecer un tanto confusa o diluída, por lo que es necesario concretarla claramente para que no quede duda alguna sobre su recuerdo venerable y sea justamente admirado por las generaciones.

He tenido la suerte de disponer para mis búsquedas del valioso archivo que poseen los familiares del ilustre naturalista, quienes me han facilitado, además, numerosos datos que lo complementan y aclaran. Debo, pues, declarar honradamente que mi tarea hubiera resultado incompleta de no mediar esta circunstancia especial.

EL NATURALISTA

En todos los países de cultura avanzada, se tiene nociones claras de los hombres que han dedicado todo su esfuerzo en procura

del bienestar moral o material de sus contemporáneos. De tal modo que el ciudadano sabe a quienes debe los beneficios de que disfruta en el presente y se acostumbra a recordarlos con reconocimiento.

Nuestra patria ha dado ya un sinnúmero de figuras notables; pero de ellas sólo las menos son bien conocidas, ya que aquellas cuya labor no es fácil de aquilatar, permanecen, por razones obvias, al margen del calor que podría prestarles el apoyo del pueblo, si captara la trascendencia de la función desempeñada por esos hombres abnegados que renuncian a los halagos de la vida fácil, afanosos por agregar algún descubrimiento nuevo que haga menos sombría la penumbra de nuestros conocimientos.

Difícilmente habrá tenido la República otro hijo que tanto bien haya hecho a la humanidad, como el Dr. Francisco Javier Muñiz. Este hombre, cuya entereza personal fué demostrada en cien combates, todo lo dió a su suelo natal: el fruto de sus investigaciones, sus afanes, sus hijos y hasta su propia vida.

Realmente, nos encontramos ante una personalidad de excepción, ya que en cualesquiera de los aspectos de su vida alcanzó separadamente el doctor Muñiz un relieve inconfundible. Y esto es, en verdad, admirable, pues, si en cierto modo es natural y hasta se justifica sobresalir en determinadas actividades del espíritu, es poco menos que inverosímil destacarse en todas las que se abarca, cual ocurre con nuestro primer naturalista. Porque este sabio, que nació en San Isidro (Buenos Aires), el 21 de diciembre de 1895, no fué solamente, como se suele decir, un distinguido médico que se sacrificó por sus semejantes, atendiendo sus dolencias y buscando el antídoto que habría de inmunizarles ante los peligros de las pestes, hasta caer finalmente en la ancianidad víctima de su abnegación, en la célebremente triste fiebre amarilla que asoló a la ciudad de Buenos Aires en 1871. Fué mucho más que todo ésto, a pesar del enorme esfuerzo y dedicación que tal realización significa.

Conviene precisar, a propósito de las investigaciones científicas, que esta clase de tareas requiere hombres de una voluntad y dedicación más que regulares, tanto que todo estudioso que se crea capacitado para su iniciación, debería hacer previamente un detenido

examen de conciencia, ya que no es razonable acometer una empresa de semejante magnitud, si no se tiene la seguridad de que la misma será el motivo central de su vida. Nada más desagradable y por desgracia común, que la actitud de ciertos presuntos naturalistas que, luego de algunas tentativas felices, renuncian a la lucha porque ésta es demasiado cruenta o muy escasos los alicientes económicos que ofrece.

En su juventud, Muñiz fué amigo y discípulo predilecto del canónigo don José León Banegas, catedrático de latín y filosofía, por oposición, en el Colegio de San Carlos, quien vivía consagrado al estudio de las letras y de las ciencias, sin descuidar la física, *su ramo favorito*, según especial anotación que obra en los papeles del doctor Muñiz. Los profundos conocimientos que poseía el destacado maestro debieron despertarle la vocación del Naturalista, que no le abandonó en ningún momento.

Muy joven, hallándose en 1825 prestando servicios como Cirujano del Ejército en Chascomús, se manifiesta su dedicación a la paleontología, descubriendo restos de armadillos fósiles, de que luego da cuenta en la Gaceta Mercantil. Durante su actuación militar, de cantón en cantón, aprovecha las horas muertas, realizando fructíferas exploraciones, con lo que a la vez que reúne elementos de estudio de inusitado valor, va convirtiéndose en un experto en la materia.

Así, durante varias décadas, acumula él sólo tan considerable número de restos fósiles, que abre a los ojos asombrados de nuestros predecesores del siglo pasado, un nuevo mundo de seres extinguidos de características propias.

Muñiz es el Naturalista por excelencia. En él se hallan reunidas felizmente esas raras condiciones innatas, sin las cuales se concluye fatalmente en el fracaso.

Observador profundo y sincero, Muñiz respeta las ideas de los sabios autores que consulta, pero no se deja influenciar demasiado por sus afirmaciones y en cuanto tiene en su mano evidencias reales del error, no trepida en hacer pública su disconformidad. Diligente, no le asusta el tiempo que le tomarán sus investigaciones para descifrar el enigma que se le plantea y las repite incansablemente

hasta quedar plenamente convencido de la naturaleza del fenómeno que estudia y si, por cualquier circunstancia, no queda satisfecho de la información que ha logrado reunir, tiene la rara delicadeza de confesar la insuficiencia de sus fuerzas para dilucidarlo.

Muñiz, al igual que Burmeister, los hermanos Ameghino y Kraglievich, por no citar sino a los más destacados, poseía ese sagrado afán que hace posible la realización de los más grandes sacrificios en haras de la ciencia. Y al decir sacrificios, enfoco el hecho con el criterio corriente, ajeno al de aquellos hombres de temple excepcional, ya que es notoria que las horas más felices de sus vidas fecundas, han sido precisamente aquellas en que el agotamiento físico correspondió a la radiante satisfacción de la misión cumplida.

¡Abnegado espíritu el de estos hombres geniales, que los impulsa a proseguir sin desmayos en esa senda de perpetua construcción!

Muchos trabajadores como el doctor Muniz precisa la patria, si queremos que algún día fructifiquen en toda su grandeza las ideas que tan profusamente sembraron Rivadavia y Sarmiento.

Quien se ocupó con más amplitud de la obra del doctor Muñiz, y por cierto que con mano maestra, fué Sarmiento. El educador genial, cuya cerebración asombrosa desconcierta por lo varia y profunda, reunió en un interesante volumen diversos trabajos del sabio, comentándolos documentada y concienzudamente. Esta serie de estudios (de los más diversos tópicos), complementados con los datos que le adicionó el capacitado biógrafo, constituyen una fuente de información sumamente importante.

Años después y con criterio que merece elogios, la "Cultura Argentina" reeditó la antigua obra ⁽¹⁾, valorizándola aún más con el juicio crítico de los eminentes pensadores Bartolomé Mitre y Florentino Ameghino, figuras las más autorizadas de la época

(1) FRANCISCO JAVIER MUÑIZ, "Escritos Científicos. Ciencias Naturales Argentinas". Buenos Aires, 1916.

para emitir opinión sobre sus distintas especialidades. Pero, como ambos autores trataron el tema con lamentable brevedad, procuraré hacer una luz mayor sobre la obra de tan destacado naturalista —y solamente en el aspecto de tal—, apoyándome firmemente en la palabra veraz de semejantes críticos y en los documentos que he podido confrontar.

Para mayor claridad, dividiré este trabajo en varios capítulos breves, a fin de considerar por separado las diversas ramas de las Ciencias Naturales estudiadas por Muñiz.

G E O L O G Í A

Cuando el doctor Muñiz emprendió sus investigaciones sobre el suelo argentino, muy poco se sabía aquí de geología, ya que, como ciencia, ésta era poco menos que desconocida entre nosotros.

Únicamente sus reconocidas dotes intelectuales y su paciencia inigualada, le permitieron triunfar de las dificultades con que debió tropezar a cada paso, ingeniándose para interpretar, sin tener los conocimientos técnicos indispensables, lo que aún hoy día es tarea difícil contando con los enormes adelantos alcanzados por esa ciencia.

Por ello causa admiración comprobar que muchas de sus observaciones, realizadas en forma asaz rudimentaria, contengan un grado tan elevado de exactitud; lo que demuestra que si bien sus bases científicas eran escasas —no por su culpa, sino del ambiente y de la época— poseía en cambio una ductilidad mental prodigiosa y una agudeza poco común. Tan es así, que el propio Ameghino, cuya característica fué su parquedad de juicios, no tuvo reparos en expresar, al revisar los escritos geológicos de Muñiz, que en lo “que concierne a la formación pampeana, vale lo que de ella dijeron Darwin o D’Orbigny” (2). Ante esta afirmación del autor que más ha trabajado en beneficio de nuestra geología sedimentaria, es innecesario y de ningún provecho abundar en otros comentarios.

(2) FRANCISCO JAVIER MUÑIZ, op. cit. pp. 274.



Veamos, pues, sumariamente, ya que no podemos extendernos demasiado, debido a la variedad de materias en que debemos analizar la obra del doctor Muñiz, cuáles son sus principales trabajos realizados sobre este tópico y la trascendencia de los mismos.

Uno de los estudios más completos de Muñiz, sobre geología, es el que apareció bajo el título de "Apuntes topográficos del territorio y adyacencias del Departamento del Centro de la Provincia de Buenos Aires".

Estos valiosos apuntes, no sólo tratan del suelo de la región central de la provincia, de su composición y contenido orgánico, sino que comprenden, además, un trabajo sobre la calidad de las aguas y otro sobre la atmósfera, y como si no fuera esto bastante, utiliza sus amplios conocimientos profesionales para ofrecer una detenida estadística de las enfermedades externas e internas que aquejaban a los habitantes de la zona, indagando al propio tiempo su origen y desarrollo.

En lo que respecta a la geología pura, su labor tiene un mérito indiscutible y puede considerarse un modelo de entusiasmo y prolijidad, que obtiene su mayor triunfo al señalar, por primera vez y diferenciándolos perfectamente, diversos pisos geológicos que eran y siguieron siendo confundidos por los autores anteriores a Ameghino —que ignoraron imperdonablemente los trabajos de Muñiz—, correspondiendo al propio Ameghino comprobar y poner en evidencia el exacto juicio de nuestro primer naturalista.

Fué él, pues, quien tras detenidas exploraciones, distinguió el postpampeano lacustre, al que denominó *creta blanca* y el pampeano lacustre, *marga amarillenta* o fosilífero, de su nomenclatura, separando claramente estas formaciones del terreno pampeano rojo.

La larga y meditada disertación que el doctor Muñiz dedica para demostrar que la extinción de numerosos mamíferos pampeanos fué debida a que quedaron sepultados en el barro de antiguas lagunas, se anticipa en casi medio siglo a los trabajos que, con igual fin, publicaron Ameghino y otros autores. Al describir la forma en que los restos se presentan, denotando una muerte por empantanamiento, plantea una serie de interrogantes sobre los fac-

tores cósmicos que pudieron determinar el singular cambio geográfico y climatérico que provocó la trágica y súbita desaparición de tan considerable número de especies animales.

Sintetizada así su importante labor geológica, sólo agregaremos que sus observaciones aisladas sobre la materia son muy abundantes, ya que en todos los casos en que descubrió restos de organismos fósiles, no olvidó nunca describir con todo detalle las características del terreno en que fuera hecho el hallazgo.

P A L E O N T O L O G Í A

Muñiz, lo mismo que Ameghino, tuvo como campo principal de sus primeras investigaciones paleontológicas la Villa de Luján, en la provincia de Buenos Aires. Diversas circunstancias hicieron posible que estos dos hombres de ciencia, de distinta generación, estudiaran en el mismo punto; pero, sobre todo, ello se debió a que en la citada localidad, en el cauce del río de igual nombre, afloraban los restos de los seres que poblaron en épocas pasadas esa zona, famosa ya en la historia de nuestra paleontología, por haberse extraído de allí el esqueleto del megaterio que el Virrey, Marqués de Loreto, remitiera a la Metrópoli en el año 1789 y que fué armado en el Gabinete de Historia Natural de Madrid.

Las colecciones paleontológicas formadas por el doctor Muñiz, fueron muchas y de incalculable valor científico. Lástima que una de las más importantes, reunida merced a quien sabe cuántos sacrificios y desvelos, no se encuentra en nuestros museos, pues al cederla Muñiz al Estado, en 1842, durante el gobierno del General Rosas, ésta le fué obsequiada al Almirante Dupotet. Muñiz nunca pudo saber el paradero final de esos valiosos materiales, cuya desaparición sintió siempre, como puede inferirse de la carta que en 1857 remitió al Secretario de la Comisión del Museo Público, señor Manuel Ricardo Trelles, en la que, al explicar la pequeñez de la muestra que ofrece en esa ocasión, lamenta aquella primera (la que regaló a Rosas), diciendo: "Circunstancias azarosas apartaron

de su poder y llevaron fuera del país, colecciones valiosas que destinaba al museo de su patria'' (3).

Además de la importante colección donada en 1842, Muñiz entregó en diversas épocas un material paleontológico de alto valor, constituyendo algunas de las piezas especímenes absolutamente nuevos para la ciencia. Tales, entre otros, los restos del famoso felino pampeano de colmillos en forma de dagas, que Muñiz denominaba *Muñifelis bonaerensis* y que los autores, después de interminables discusiones, identificaron con el *Smilodon*; el gran oso *Arctotherium*, el más grande de los carnívoros; el *Lestodon*, voluminoso mamífero emparentado con los perezosos actuales; el cráneo de una especie nueva de *Toxodon* descrita por Giebel y dedicada a Burmeister.

Fué, además; el verdadero descubridor del caballo fósil sudamericano, cuya curiosa conformación de los huesos nasales puso en conocimiento del doctor Burmeister, quien no se atrevió a aceptar la observación de Muñiz, omitiendo, en consecuencia, la descripción de los mismos en su primer trabajo sobre caballos fósiles argentinos; deficiencia que se encargó de subsanar, empero, el referido sabio, en publicaciones posteriores, luego de comprobar, ante materiales más completos, el acierto de nuestro naturalista.

Figura también entre las piezas paleontológicas que donó, restos de megaterio —el más pesado de los mamíferos terrestres conocidos—, y de varias especies de gliptodontes, de mastodontes y, en fin, puede decirse que no escapó a su afanosa búsqueda casi ningún representante de la fauna pampeana.

Aparte de la colaboración que prestó al ilustre Darwin, remitiéndole periódicamente datos y piezas paleontológicas, cabe recordar, igualmente, la notable colección que obsequió en 1861 a la Academia de Ciencias de Stokolmo, en reconocimiento de la cual le fué conferida la medalla de Berzelius.

Ameghino, con razón, señala la falta de equidad con que se ha procedido al describir los animales nuevos para la ciencia descubiertos por Muñiz, pues jamás los autores habían dedicado género

(3) Felizmente la referida colección del Dr. Muñiz se conserva parcialmente en los Museos de Historia Natural de Londres y París.

o especie alguna para recordar el nombre de quien, hiciera tanto por el engrandecimiento de esa rama del saber en la República, y queriendo reparar en parte este olvido, le dedicó una nueva especie de gliptodonte. Recientemente (1931), el paleontólogo Lucas Kraglievich consagró a la memoria del doctor Muñiz un nuevo género de tipoterio (*Muñizia paranensis Kragl.*), fundado sobre restos coleccionados por el naturalista en las barrancas del río Paraná, saldando así, al menos en parte, la deuda que la ciencia nacional tenía injustamente pendiente con él.

En paleontología, el doctor Muñiz contribuyó también con trabajos originales, que aparecieron en la Gaceta Mercantil, siendo el más importante su descripción del *Muñifelis bonaerensis*, en el que si bien pudo estar equivocado en cuanto a la clasificación sistemática, constituye, en cambio, un aporte valioso en lo que respecta a la anatomía de estos animales.

Z O O L O G Í A

Puede afirmarse que es en los escritos zoológicos donde el doctor Muñiz alcanza su mayor gravitación como hombre de ciencia. Sus estudios sobre los seres existentes en el suelo de la Patria son generalmente muy completos y bien documentados, puesto que a sus indagaciones directas, extremadamente cuidadosas, adicionó los conocimientos especiales obtenidos en su relación con Darwin y otros eminentes autores europeos, adquiriendo así autoridad suficiente para emitir juicios exactos sobre las características de muchas especies de nuestra fauna.

Su trabajo más destacado en esta materia lo constituye un estudio sobre el ñandú o avestruz americano. En un volumen de más de cien páginas, el doctor Muñoz realiza una labor de singular mérito ya que, en forma ejemplar, hace la descripción anatómica de esta ave en comparación con el avestruz de Africa.

Luego de describir sus caracteres salientes, anota todas las medidas de sus órganos, así como también las diferencias que com-

prueba entre ambos tipos, haciendo una interesante disertación sobre las condiciones corredoras de cada uno.

Estudia su aparato digestivo y da cuenta de los alimentos que utiliza de preferencia el ñandú —gramíneas tiernas y semillas de camambú y otras—; demostrando de paso, que lo que frecuentemente se ha dicho que éste era dado a comer cuanto se le presente, ya se trate de papeles, ropas, etc., ocurre nada más que en la domesticidad, donde no puede obtener la clase y cantidad de alimentos que su insaciable estómago necesita para su buen funcionamiento y en cuyo caso debe llenarlo de cualquier manera, así sea con piedras, como ha ocurrido algunas veces.

El doctor Muñiz se ha preocupado también en hacer conocer los enemigos naturales del ñandú y de sus polluelos, mencionando entre los más encarnizados, al puma y el yaguar, el lobo y el zorro. Los primeros, por los ataques que llevan abiertamente y el último, por los que efectúa sobre sus polluelos, cuando logra descuidar al ñandú padre. Relata la curiosa lucha que se entabla entre estos dos animales si el zorro es descubierto en sus intenciones alevosas y, frecuentemente, recibe una formidable paliza de parte del ofendido padre, que le pasa y repasa por encima tratando de deshacerlo a patadas.

En dicha obra logra rectificar errores fundamentales de sabios de renombre como Buffon y Azara, sobre todo en la parte que estos autores escribieron basándose en observaciones indirectas, lo que le hizo pensar, sensatamente, en la dificultad casi insalvable con que tropiezan los extranjeros —agravada por su desconocimiento del idioma— al tratar de conseguir relaciones exactas sobre cualquier clase de hechos.

Demuestra así, que es forzada la disquisición que efectúa Buffon para convencer que no es el ñandú macho el que incuba los huevos correspondientes a varias hembras, y que en los casos en que fué descripto dicho acto como realizado por individuos machos, se ha tratado de hembras sexualmente anormales, de apariencia masculina. Este error de Buffon, acostumbrado en demasía a generalizar, ha sido perfectamente esclarecido por el doctor Muñiz, quien

a su condición de naturalista y frecuente testigo, unía las de médico erudito y avisado.

Igualmente tócale destruir la aseveración de Azara —influenciado, según Nuñez, por lo que respecto del avestruz de Africa expresa Buffon— de que el ñandú no bebe agua, y al efecto no solamente se remite a lo que ha verificado personalmente, sino que describe las razones fisiológicas que hacen indispensable que estos animales ingieran ese elemento.

Además de este trabajo fundamental, publicó diversas notas sobre una buena parte de los componentes de la fauna argentina y en particular sobre la vaca ñata, cuyo origen y propagación investigó detenidamente a solicitud de Carlos Darwin, quien utilizó esa valiosa información en varias de sus famosas obras sobre evolución.

Los sabios como el doctor Nuñez no deberían morir nunca en el corazón de los pueblos; porque sus vidas de perpétua abnegación y renunciamento, dedicadas a dignificar y ennoblecer los destinos del hombre, merecen eterna recordación; pero para ello es indispensable que los estudiosos que conocen la magnitud y trascendencia de sus obras, lo proclamen bien alto y se erijan en celosos defensores de su memoria augusta, ya que todo lo dieron por el bien de sus semejantes.

Así, únicamente así y siguiendo el aleccionador ejemplo que nos trazara con sobrehumano esfuerzo, lograremos que cristalice el anhelo de superación que le alentó en su existencia de trabajador infatigable.

Lástima —y ésto es fatal— que durante la vida material de estos hombres modestos y estoicos, no se les preste la consideración debida, obligándoseles a realizar sus obras en forma imperfecta y sin el estímulo que les brindaría la aprobación de sus contemporáneos capacitados.

Córdoba, 22 de febrero de 1943.
